

nando entonces una inmensa aclamación bajo las bóvedas seculares. El pequeño príncipe es conducido de nuevo á las Tullerías en un coche tirado por ocho caballos, precedido de un escuadrón de guías. El cardenal legado entona el *Te Deum* y después el *Domine, salvum fac Imperatorem*, y en nombre del Padre Santo da la bendición que termina la ceremonia. El arzobispo de París, precedido del cabildo metropolitano, vuelve á conducir al emperador y á la emperatriz hasta la puerta de la iglesia. SS. MM. suben de nuevo á la gran carroza, franquean el puente de Arcole, llegan á la plaza, magníficamente decorada por el arquitecto Ballard, y penetran en el hotel de Ville para asistir al banquete que el Consejo municipal les ofrece.

A las ocho de la noche. — El banquete se verifica en la gran sala de las fiestas; todos los altos dignatarios del Estado, todos los obispos y arzobispos asisten á esta comida de gala, cuyos convidados ascienden al número de cuatrocientos. SS. MM., rodeados de los príncipes y princesas, toman asiento en una mesa más alta, desde la cual se ven todas las demás de los convidados. Durante la comida se ejecutan varios fragmentos de música y cantatas. Los salones de la municipalidad están magníficamente iluminados; el emperador y la emperatriz permanecen largo tiempo en ellos y parecen radiantes de alegría. Las ovaciones del día se repetirán por la noche. Para regresar, el general Fleury manda sustituir todos los coches de seis y ocho caballos por berlinas de media gala, es decir, verdes y doradas. «Como el regreso se debía efectuar al trote, dice en sus Memorias, este género de servicio era el único posible. Por lo demás, nada tan rico y elegante como aquellas hermosas berlinas con cristales, iluminadas interiormente, que permitían ver á la emperatriz y á las princesas resplandecientes de diamantes, para ser admiradas por la multitud. Aquellas berlinas de cuatro faroles, conducidas por corpulentos cocheros, con cuatro lacayos detrás y tiradas por gigantescos caballos, no cedían en nada á las grandes carrozas con dorados, conducidas al paso y que avanzaban majestuosamente como en una representación teatral.» Las aclamaciones resonaban por todas partes al paso del feliz padre y de la dichosa madre.

LVII

LAS FIESTAS DEL BAUTIZO

El domingo 15 de junio de 1856 se consagra á los regocijos públicos. A las seis de la mañana, las salvas de artillería disparadas por el cañón de los Inválidos anuncian el principio de la fiesta. A la una de la tarde comienzan las representaciones gratuitas: en la Opera se representan *Las Vísperas Sicilianas*; en el Teatro Francés, *El Pueblo*, *El Legado* y *El Jugador*; en el Odeón, *El Cid* y *El Avaro*; en la Opera Cómica, *Ricardo Corazón de León* y *Las Bodas de Juanita*.

Entre las dos y las cuatro de la tarde, en cuatro teatros al aire libre, en la Explanada de los Inválidos, representan piezas militares y pantomimas; se sueltan trescientos globos que al elevarse lanzan confites del bautizo; y este mismo programa se ejecuta en la barrera del Trono.

Ciento veinte mil medallas conmemorativas, que tienen por un lado la doble efigie del emperador y de la emperatriz y por el otro la del Hijo de Francia, se distribuyen entre los alumnos de los liceos, de los colegios, de las salas de asilo, y también á los oficiales, subalternos y soldados del ejército de París. Entre los niños de las escuelas comunales se reparten cincuenta mil cartuchos de confites, y Napoleón III firma innumerables gracias para los condenados civiles y militares.

Por la noche, el jardín de las Tullerías, la plaza de la Concordia y la gran avenida de los Campos Elíseos, decorados con pórticos, guirnaldas, arañas y globitos, se iluminan con farolillos de color, en medio de los cuales las cifras del emperador y de la emperatriz brillan entre arabescos. La fachada del jardín de las Tullerías que da á la plaza de la Concordia reproduce la iluminación que se hizo en Versalles durante la fiesta ofrecida á la reina de Inglaterra. El palacio de la Industria y los Quincuncios de los Campos Elíseos brillan con innumerables girándulas.

Delante del palacio del Cuerpo legislativo se dispararán fuegos artificiales, cuya pieza principal debe representar un baptisterio gótico. El emperador y la emperatriz verán el espectáculo desde la columnata del ministerio de Marina. Al efecto salen de las Tullerías, y á su paso un cordón de mecheros de gas resplandece en toda la longitud de la calle de Rívoli, de la plaza de las Pirámides y de la calle Castiglione. En el ministerio, adornado con banderas y circuido de una línea de luz, todos cuantos pertenecen á la marina visten uniforme y los

demás convidados van de frac. A las nueve y cuarto la emperatriz da la señal para que comiencen los fuegos artificiales, que son magníficos: cuando terminan, con la aparición de brillantes cascadas, resuenan nutridos aplausos. La multitud es tan compacta, que no puede moverse, y los soberanos deben esperar hasta las once para que les sea dado salir del ministerio de Marina y volver al palacio de las Tullerías.

Una población inmensa se extasía durante toda la noche ante las iluminaciones: las de la torre de Saint-Jacques, del hotel de Ville y de sus alrededores excitan sobre todo la admiración del público; la avenida Victoria está transformada en un vasto jardín con vías enarenadas, surtidores de agua, estanques, cascadas, corpulentos árboles, flores francesas y flores exóticas. Varios grandes barcos empavesados é iluminados, en los cuales van músicas militares, surcan el Sena entre el puente Real y el de la Concordia, y un tiempo magnífico favorece aquella noche de encantos.

El lunes, 16 de junio, el emperador y la emperatriz asisten, con los príncipes y princesas, al gran baile del hotel de Ville. La calle de Rívoli, la avenida Victoria, la plaza y el palacio del Ayuntamiento tienen el mismo decorado é igual iluminación que en las dos noches anteriores.

El jueves, 19 de junio, la ceremonia de la entrega de la rosa de oro á la emperatriz se efectúa en la capilla del palacio de Saint-Cloud. Durante la misa, celebrada por el cardenal Patrizzi, legado *a latere* del Papa, la rosa de oro se deposita en el altar en el lado de la Epístola, y después de la misa, el legado se sienta en un sillón, delante del altar, frente á SS. MM. Uno de los prelados de su séquito, Monseñor Monaco Lavalette, lee en alta voz el breve pontificio que confiere al cardenal los poderes necesarios para entregar la rosa de oro á la soberana, en nombre y representación de Su Santidad. Después de esta lectura el maestro de ceremonias eclesiásticas ruega á la emperatriz que se acerque al pie del altar, y se le presenta la rosa de oro, mientras que el cardenal Patrizzi pronuncia la fórmula de costumbre.

El regalo pontificio consiste en un rosal de oro que sale de un jarro, también de oro macizo, colocado en un zócalo de lapislázuli, cuyos bajos relieves representan, uno el nacimiento de la Santísima Virgen, y el otro su presentación en el templo, viéndose también encrustadas las armas de Pío IX y las de Napoleón III.

Después de la ceremonia, á la cual ha asistido el príncipe imperial, el cardenal legado ofrece al emperador, en nombre del Papa, un magnífico cuadro de mosaico, representando á San Juan Bautista en el desierto, copia del Guido, y entrega para el Hijo de Francia un primoroso relicario adornado de esmalte y piedras preciosas grabadas, que contiene una reliquia del santo pesebre.

El cardenal Patrizzi vuelve á Roma muy agradecido á la acogida que se le ha hecho en Francia. M. Sampayo, encargado de Negocios en Roma, en ausencia del conde Rayneval, escribía al conde Walewski: «El cardenal Patrizzi ha

llegado, y me apresuré á ir á felicitar á Su Eminencia por su feliz regreso. El cardenal me expresó con las más sentidas palabras el agradecimiento de que está poseído por la acogida con que SS. MM. se dignaron honrarle, encargándome rogara á V. E. que tenga á bien ofrecer de nuevo á SS. MM. la expresión de su afecto y fidelidad. La recepción que el clero de Francia ha hecho á Su Eminencia, los sentimientos de abnegación por la Santa Sede que todos los obispos le han manifestado, y la actitud de los fieles, que se apresuraban á llenar las iglesias, han impresionado vivamente al cardenal. Con admiración me habló del número de nuestros establecimientos de beneficencia, elogiando el espíritu de orden y de caridad que preside en su dirección. No dudo, según el lenguaje de Su Eminencia, que habrá dado al Padre Santo el informe más favorable sobre la situación religiosa de Francia. Semejante apreciación no podía tener, por lo demás, nada de inesperada para S. S., á quien ciertas personas no temen atribuir lo que ellas llaman prevenciones demasiado favorables para la iglesia de Francia.»

El 28 de junio los individuos del comité que habían organizado la suscripción motivada por el nacimiento del príncipe imperial, tuvieron una audiencia en el palacio de Saint-Cloud. M. Le Roy de Saint-Arnaud, hermano del mariscal y alcalde del distrito décimosegundo, se adelantó hacia el emperador y la emperatriz, que tenía su hijo en brazos, y les dijo: «Señor, ese humilde tesoro de un centenar de miles de francos, producto rápido del céntimo agregado al céntimo, es el ingenuo emblema de esas poblaciones amantes y fieles donde el individuo no es nada y donde la unanimidad de sentimientos oculta tesoros de afecto y de fuerza..... ¡Ojalá el orfelinato del príncipe imperial, noble inspiración de la emperatriz, unido con el recuerdo de una suscripción del todo popular, enriquecido y perpetuado por la munificencia del emperador, pueda atravesar las edades con el Imperio y la dinastía que le vió nacer!»

Jamás había tenido la emperatriz días tan felices. Aquella radiante primavera de 1856 no le había traído más que satisfacciones y alegrías.

En tales momentos la emperatriz no observaba más que simpatías de buen agüero; los testimonios de interés que todas las clases de la sociedad de Francia y hasta del extranjero la prodigaban, así á ella como á su hijo, seducíanla y la tranquilizaban. Las bendiciones del Padre Santo, padrino de su hijo, la inspiraban confianza para el porvenir.

¡Con qué tranquilidad, con qué placer descansaba bajo las magníficas enramadas de Saint-Cloud, su residencia predilecta! ¡Cómo se hubiera estremecido si un profeta de desgracias se hubiese presentado para anunciarla cuál sería el fin de aquel palacio maravilloso y del gracioso niño á quien paseaba por las avenidas bajo los grandes árboles!

LVIII

EL CONDE DE MORNY

Llegado al apogeo de su fortuna, Napoleón III trató de consolidar sus triunfos, haciendo olvidar al emperador Alejandro II los dolorosos recuerdos de la guerra de Crimea y terminando en San Petersburgo la obra de pacificación felizmente comenzada en el congreso de París. Por otra parte tenía absoluta necesidad de Rusia, cuya neutralidad benévola, ya que no su concurso armado, le era indispensable para sus proyectos respecto á Italia, y cuyos resentimientos contra Austria quería explotar.

El general Fleury ha escrito en sus *Memorias*: «Una oportunidad muy natural se presentaba para hacer acto de cortesía, y era el enviar un embajador á San Petersburgo para asistir á la coronación del tsar. El personaje más importante del Imperio, el conde de Morny, estaba designado de antemano para representar á Francia y á Napoleón III. La notoriedad que le daba su nacimiento, su aire de familia, sus modales distinguidos, su talento político, su experiencia de los hombres, el muy importante papel que había desempeñado con tanta audacia el 2 de diciembre; todo, en fin, contribuía á ponerle en condiciones excepcionales para que se fijara en él la atención.» Lo cierto es que por sus modales de gran señor, por sus costumbres de lujo y de fausto y por su seducción personal, el presidente del Cuerpo legislativo tenía todo cuanto se necesitaba para conciliarse las simpatías de Alejandro II. Por un decreto del 8 de mayo de 1855 se le nombró embajador extraordinario cerca del emperador de todas las Rusias.

El conde Augusto de Morny había nacido en París el 23 de octubre de 1811, y siendo hijo adulterino, no pudo ser reconocido por su madre la reina Hortensia, ni por su padre el general Flahaut. Un hombre obscuro de Auvernia, llamado Demorny, le dió su nombre, y fué educado por una mujer inteligente y de talento, conocida por sus triunfos literarios, Adela Filleul, casada en primeras nupcias con el conde de Flahaut y en segundas con el barón de Souza. Su primer marido, víctima del Terror, había perecido en el cadalso en 1793, dejándole un hijo que fué en tiempo de Napoleón I general de división y ayudante de campo del emperador, durante el reinado de Luis Felipe Par de Francia y embajador en Viena, y en la época de Napoleón III senador y embajador en Londres.

La viuda del conde de Flahaut se había casado en 1802 con el barón de

Souza, diplomático y literato portugués, que después de haber representado á la corte de Lisboa en Suecia y luego en Dinamarca, era entonces ministro de Portugal en París y murió en 1825.

La baronesa de Souza publicó varias novelas que tuvieron buen éxito, y que forman seis volúmenes, reunidos en 1822. Escritas con elegante sencillez, pintan sobre todo las altas clases de la sociedad, en medio de las cuales debía brillar el conde de Morny. Este último se hizo notar desde su infancia por la viveza de imaginación, lo cual hizo decir al príncipe Talleyrand: «Este hombrecito será ministro algún día.»

Después de hacer buenos estudios en el colegio Borbón, el joven de Morny abrazó la carrera militar, y habiendo salido en 1832 de la escuela de Estado Mayor, entró como subteniente en el primer regimiento de lanceros. De guarnición en Fontainebleau y no pudiendo hallar en esta ciudad el atractivo de las distracciones mundanas, comenzó á trabajar seriamente. La baronesa de Souza decía entonces á Sainte-Beuve: «Ya veis ese joven, cuyo porvenir me preocupa y me interesa. ¿Qué libros creéis que elige para sus lecturas? ¿Os parece que lee novelas, poesías ligeras, memorias agradables ó cuentos de Voltaire? Nada de eso: prefiere libros de metafísica y de teología.»

El conde de Morny se distinguió en Africa, á la vista del duque de Orleans, que le manifestó gran benevolencia; á las órdenes del general Changarnier tomó parte en la campaña de Mascara, y en la primera de Constantina, donde fué herido. Citado varias veces en la orden del día, recibió la cruz de la Legión de Honor por haber salvado la vida al general Trezel.

M. de Morny había conquistado en Africa la reputación de oficial intrépido y de mérito; pero la vida de los campamentos no fué para él más que el prelude de la vida mundana y política. Presentó su dimisión en 1838 y llegó á París, donde el oficial fué reemplazado por el joven elegante y el hombre de negocios. Uno de los puntos donde estuvo de guarnición fué Clermont-Ferrand: había dejado allí amigos, y encontró el origen de su fortuna personal y el de su elevación política. Compró en los alrededores de la ciudad una fábrica para la explotación del azúcar de remolacha, y en 1838 publicó un folleto sobre la cuestión de los azúcares, debiendo á esto que á la edad de veintisiete años se le nombrara presidente del comité de la industria azucarera. En 1842 se le eligió diputado por Puy-de-Dôme.

M. de Morny era entonces orleanista, y no pensaba de ningún modo en la resurrección del Imperio. En la Cámara ocupaba su lugar en el centro derecho, y apoyaba muy enérgicamente al ministerio que le presidía, á M. Guizot. Se ocupaba con verdadera competencia en las cuestiones comerciales é industriales; pidió, entre otras reformas, que se emitieran billetes de Banco de corto valor, y presentó respecto á la conversión de rentas una proposición que se conservó más tarde como base del sistema adoptado. Atendía igualmente al trabajo y á los placeres. El vizconde de la Guéronnière le ha representado así, en aquella época:

«Mezcla de genio militar y de fina elegancia, de positivismo y de indiferencia, de juicio recto y de audacia caballeresca, de rigidez inglesa y cortesía francesa, de aficiones serias y gustos ligeros, hombre de negocios y artista; tal era el conde de Morny en la época en que se presentó en los salones de París. Educado en un centro tan elegante como distinguido, teniendo en sí el sentimiento de su fuerza, altivo sin orgullo, confiado sin presunción, ambicioso sin egoísmo, astuto sin truhanería, amable sin ligereza, instruído sin pretensiones y firme sin ser brusco, tenía todo cuanto es necesario para triunfar.» Amigo de los príncipes de Orleans, se había creado en la Corte y en la ciudad una posición muy brillante. Al principio de 1848 demostró su sentido político, y predijo con harta seguridad la tempestad que debía estallar. En enero publicó en la *Revista de Ambos Mundos* un notable trabajo donde se indicaban con rara perspicacia los peligros inminentes de la cuestión social; y en febrero hizo los más loables esfuerzos para conseguir una reconciliación entre la oposición y el ministerio. Sus esfuerzos fueron estériles; pero partidario convencido de la monarquía de Julio, no había descuidado nada para impedir que la agitación parlamentaria degenerara en revolución.

Cuando estalló la revolución de Febrero, M. de Morny no había tenido aún ningún género de relaciones con Luis Napoleón. Solamente después de la muerte de la reina Hortensia, y al compulsar las cartas y papeles abandonados por ella en el castillo de Arenenberg, el príncipe tuvo conocimiento de una filiación que le produjo la más dolorosa sorpresa. En Londres en 1848 fué donde el futuro emperador vió por primera vez al conde de Morny, cuyo golpe de vista político le llamó la atención. Desde aquel momento, prometiéndole contarle un día entre sus principales colaboradores y los grandes dignatarios de su imperio. Entre los dos hermanos se trabaron relaciones corteses, sin que tomaran nunca un carácter de cordial efusión ó de familiaridad, y las distancias se observaron siempre cuidadosamente entre uno y otro.

Elegido representante del pueblo por el departamento de Puy-de-Dôme en 1849, el conde de Morny sostuvo en la Asamblea la política conservadora. Ministro del Interior el 2 de diciembre de 1851, ya se sabe qué parte tomó en el golpe de Estado. Habiendo hecho dimisión el 23 de enero de 1852, después de la confiscación de los bienes de la familia de Orleans, no tardó en recobrar el favor; elegido diputado en 1854, el emperador le nombró presidente del Cuerpo legislativo, y desempeñó sus nuevas funciones con tanta habilidad como buen tacto. En posesión de un alojamiento magnífico en el palacio de la Presidencia, instaló allí su hermosa galería de cuadros y vivió como un príncipe.

Acabamos de ver los elogios que del conde de Morny hacía el vizconde de la Guéronnière; el retrato que el general Fleury traza es algo menos lisonjero.

El general se expresa así: «Más alto y esbelto que su señor, Morny tenía un físico más agradable; pero no poseía en tan alto grado el don de seducir y agradar; su aspecto era simpático, pero faltábale naturalidad, adivinándose al hombre

escéptico y hastiado bajo un exterior que se esforzaba por hacer gracioso. Acostumbrado á que le mimasen y rodeado de un círculo de pretendientes, agradábase hablar de sí propio cuando se encontraba con sus amigos y las personas que nada tenían que pedirle. Era gran señor, sin duda por muchos conceptos; mas no se hubiera podido decir de él que fuese el hombre mejor educado de Francia. Así como el emperador, era sereno é imperturbable y estaba dotado de todas las energías; pero no tenía, como aquél, esa expresión de bondad en la mirada, esa dulzura y penetración que hacían al emperador irresistible y que fascinaba á todos cuantos se le acercaban.» A pesar de estas reservas, el general Fleury hacía justicia á las eminentes cualidades de M. de Morny, y terminaba el retrato así: «Tal vez como le he descrito, Morny era un hombre nada común, y su muerte fué una gran pérdida y un grave perjuicio para el emperador y para el país.»

Cuando tenemos que hablar de un hombre político, nos agrada invocar el testimonio de aquellos de sus contemporáneos que le vieron de cerca. Por eso citaremos el siguiente extracto del *Diario* de M. Pinard: «Bien fuese en las comidas íntimas de M. Benoît-Champy (presidente del tribunal civil del Sena), ó ya en las grandes recepciones del palacio Borbón, M. de Morny me pareció siempre, por distinto que fuese el centro, el gran señor que se amoldaba á las exigencias de su época y se hacía aceptar de los demócratas. Hasta debo decir que éstos iban á buscarle, más bien que él á ellos, y que se apresuraban á realzar su crédito y renombre. Tranquilo en todas partes, porque conocía su valor dondequiera que estuviese, no se arrebatava jamás, ni menos se intimidaba. Afable más bien con los pequeños que con sus iguales, tenía para sus adversarios una expresión de desdén más bien que de altivez, comprendiéndose que podía elevar la voz, pero que no quería hacerlo. Los necios no echaban de ver aquel desdén; pero los perspicaces le notaban, y con esto tenía suficiente. Nadie sabía salvar su dignidad con menos esfuerzos.»

Se ha censurado mucho á M. de Morny por haber intervenido demasiado en las especulaciones financieras é industriales; y con este motivo, M. Pinard hace las reflexiones siguientes: «La única falta que quiero apuntar en la vida brillante y activa de M. de Morny, y esta falta fué grave, es el haber dirigido de frente y á grandes pasos la política y los negocios. Sustituto en la primera cámara del tribunal civil del Sena, oía con mucha frecuencia pronunciar su nombre cuando se llamaba á los interesados al principio de la audiencia. M. Mathieu, á quien debía encontrar más tarde en el Cuerpo legislativo y en el foro, era su abogado, y un día le dije al salir del palacio: — Cuando uno es el señor de Morny, no debe ganar ni perder procesos; no debería tener ninguno. — Sin embargo, había para M. de Morny una circunstancia atenuante, y era que se hallaba ya en aquella vía antes de ser gran personaje. Teniendo grandes necesidades, se ocupaba de cuestiones azucareras, de fábricas y de caminos de hierro; los negocios se relacionan entre sí, y el industrial se hizo especulador. Demasiado al-

tivo para apelar á la generosidad del emperador, no contaba más que consigo mismo para reunir una fortuna, que era una necesidad á sus ojos. La liquidación de los bienes que dejó reveló el secreto de sus triunfos y de sus trabajos; fué larga y laboriosa; y si resultaba un activo considerable, el pasivo lo era también.»

En resumen, el Sr. de Morny, hijo de una reina é hijo de sus obras, artesano de su propia fortuna, y habiendo encontrado medio de aprovecharse de su nacimiento, de su talento, de su valor y de su carácter resuelto, fué un tipo del hombre de Estado aristocrático y moderno, que recuerda á la vez los grandes señores del antiguo régimen y los héroes de Balzac. Pidiendo á la vida todo cuanto puede tener de brillante y de agradable, buscaba el dinero, mas para gastarle con prodigalidad y con fausto. Tan inteligente en pintura como los más prácticos y poseedor de una magnífica galería de cuadros, todos escogidos y comprados por él; muy aficionado á las carreras, hábil en todos los *sports*; amante de las letras, de las artes, del periodismo, de los negocios y de la política; autor de algunas graciosas piezas escritas en sus momentos de ocio; iniciado en los secretos de todos los bastidores, de los del teatro y los de la bolsa; hombre de salón, socio de *club*, *diletante*, especulador, industrial y hombre de Estado, sabiendo tan bien vivir como obrar, se mezcló en todo, y en todo tuvo buen éxito. Entregado á una vida agitada y febril, ocultaba pasiones ardientes bajo una calma de buen trato y una serenidad inalterable. Seductor en política como en amor, y tan tranquilo en su sillón de presidente del Cuerpo legislativo como en el salón de una gran dama, dirigiendo con tanto talento una alocución á los diputados como un cumplido á una hermosa mujer, debía ser hasta su muerte y en todas las cosas un hombre de fortuna y á la moda. Su suerte le concedió como último favor la gracia de que no viera más que la buena época de un régimen cuyos desastres y caída habría evitado tal vez si hubiese podido vivir algunos años más.

Acabamos de echar una ojeada sobre el hombre; hablemos ahora del embajador.

LIX

LA EMBAJADA EN SAN PETERSBURGO

En su marcha á San Petersburgo, el conde de Morny se detuvo en el camino, en Wildbad, para ofrecer sus respetos á la emperatriz viuda, Alejandra Feodorovna (antes princesa Carlota de Prusia), hermana del rey Federico Guillermo IV y del príncipe de Prusia (el futuro emperador Guillermo), viuda del tsar Nicolás I y madre del tsar Alejandro II. Sumida en profunda tristeza, la emperatriz viuda, que creía que los pesares causados por la guerra de Crimea habían sido una de las causas de la muerte de su esposo, no podía ver con mucho gusto al enviado de Napoleón III, y le hizo una acogida muy cortés, pero algo fría.

Aunque felicitándose de su recepción en Wildbad, M. de Morny no pudo menos de experimentar cierta impresión de desconfianza y de incredulidad. Por algunas palabras sorprendidas al acaso ó pronunciadas por personas extrañas, parecióle en un principio que las buenas relaciones con la Francia imperial eran una especie de convención, una consigna de la cual no debía uno fiarse del todo; que las afinidades alemanas seguían siendo en el fondo tan sólidas como en el pasado, y que con tal que el gobierno francés diera el menor pretexto, no se tardaría en reanudar en Rusia todos los hilos de la antigua política hostil á Francia. «He podido reconocer al atravesar por Alemania, escribió al conde Walewski, que si no somos amados por un ruso, somos cordialmente aborrecidos por un ruso injerto en alemán.» Esta primera impresión del embajador se desvaneció apenas hubo tomado posesión de su destino.

El conde de Morny llegó á San Petersburgo en la noche del 5 de agosto de 1856 y se alojó en el hotel Worensoff Daschkoff, alquilado por él hacía algunos meses. Su fausto, su lujo, sus carruajes, su galería de cuadros, que había llevado consigo de París, llamaron desde luego la atención de la alta sociedad y del pueblo, y desde el principio le favoreció una feliz circunstancia. El príncipe Esterhazy, embajador de Austria, le había precedido cuarenta y ocho horas en San Petersburgo, y por lo tanto debía obtener audiencia antes que él; mas el príncipe echó de ver, en el momento de pedirla, que había dejado en Viena sus credenciales; de modo que el embajador de Francia fué recibido primero, llegando á ser así el decano del cuerpo diplomático. Este ligero percance del representante del emperador Francisco José divirtió á la sociedad rusa, muy mal dispuesta entonces respecto al Austria.